

Pedro Ángel Palou



Tamara

Cuando Cuernavaca era una fiesta

© 2026, Pedro Ángel Palou

Fotografía de portada: «*Portrait de Romana de la Salle*», 1928, by Tamara de Lempicka, © Tamara de Lempicka Estate, LLC/ Adagp, Paris

Diseño de colección: © Compañía

Fotografía del autor: © Grupo Planeta | Rui Ortiz

Derechos reservados

© 2026, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.

Bajo el sello editorial PLANETA M.R.

Avenida Presidente Masaryk núm. 111,

Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo

C.P. 11560, Ciudad de México

www.planetadelibros.com.mx

Primera edición en formato epub: agosto de 2026

ISBN: 978-607-39-4416-8

Primera edición impresa en México: agosto de 2026

ISBN: 978-607-39-4242-3

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de Inteligencia Artificial (IA).

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal del Derecho de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal Federal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.

Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México

Impreso y hecho en México – *Printed and made in Mexico*

Nombre original en náhuatl de la ciudad de Cuernavaca, que significa «entre los árboles». Es la capital del estado de Morelos, aproximadamente a ochenta kilómetros de la Ciudad de México. Según el *Código mendocino*, fue uno de los pueblos conquistados por Acamapichtli; más adelante Itzcóatl lo ganó por la fuerza durante su señorío; también está entre los treinta y tres lugares que dominó Moctezuma. Cortés edificó en ella su residencia al obtener el marquesado de Oaxaca. Humboldt la nombró en su diario: «se levanta magestuosa (*sic*) al Sudeste de la ciudad de Cuernavaca (antiguo Cuauhnáhuac), en la pendiente occidental de la cordillera de Anáhuac, región feliz que los habitantes llaman *tierra templada*, por razón de una primavera eterna que disfrutaban...». Más tarde Maximiliano la llenó de jardines y pasó largas temporadas allí. Rose King tuvo un hotel, Las Baganvillas, donde los revolucionarios pasaron temporadas. Malcolm Lowry la inmortalizó con *Bajo el volcán*. En los años sesenta y setenta del siglo xx, un amplio grupo de exiliados compartió la ciudad con artistas, actores y políticos mexicanos. Cantinflas, Diego Rivera, Siqueiros, María Félix, el *Obispo Rojo* Sergio Méndez Arceo, Víctor Contreras, Carlos Fuentes, Luis Echeverría y Jacobo Grinberg convivieron con Tamara de Lempicka, Erich Fromm, el abad benedictino Lemerrier, Iván Illich, Robert Brady, Charles Mingus, el Sha de Irán Mohammad Reza Pahlavi,

Bettino Craxi, Gabriel García Márquez, Jean Seberg, Evelyn Lambert, Héctor Cámpora, Miguel Littin, David Graiver, Timothy Leary, Natasha Gelman y el gánster prófugo Sam Giancana, e hicieron que la ciudad fuera su morada, su refugio y su paraíso.

Todo lo que ocurre en esta novela pudo pasar, todo es ficción; porque, como afirma Antonio Machado, «también la verdad se inventa».

1

CUERNAVACA

Vine a vivir (o mejor, a morir) a Cuernavaca porque sí. Había visitado la ciudad tiempo atrás, invitada por Man'ha Garreau-Dombasle y Barbara Hutton, y por el aire de provincia soñolienta, el clima templado y la luz potente para pintar todo el día; también me cautivaron la cantidad de exiliados o extraviados de todo el mundo que pululaban por sus calles y hoteles. Entonces no se me ocurrió que, un día, yo misma engrosaría las filas de nómadas expatriados tomando martinis, jugando al bacará. En pocas ciudades se respira tal sensación de libertad, de *savoir faire*, de lasitud. Es un mundo aparte del mundo, como si estuviera en otro planeta. Mi viejo cuerpo necesitaba eso: la novedad, la gente distinta, el buen clima, un sabor particular a cosmopolitismo. Desde que vivo aquí me he preguntado de dónde viene esta necesidad; ahora creo saber la respuesta: todos los exiliados que pasan sus días en esta tierra han sido derrotados, como yo. En sus países, en sus vidas particulares. Todos los que nos reunimos a charlar y a beber, en nuestras casas, en Las Mañanitas, en el Casino de la Selva, en el Racquet Club, somos unos perdedores. En esta pequeña capital del mundo hemos venido a lamernos las heridas.

La mañana del 3 de febrero de 1978, mi taxi verde crema se adentró en la avenida Morelos como un pez gordo entre charales.

Había solicitado al chofer, un muchacho con bigote de pelusa y camisa de popelina, que encendiera la radio: boleros de Agustín Lara se mezclaban con el zumbido de las cigarras hasta que fue imposible saber cuál de los dos sonidos provenía de dentro y cuál de fuera. Cuando el coche se detuvo frente a la entrada modernista del Casino de la Selva —aquel templo laico donde magnates del petróleo y guerrilleros retirados podían coincidir en una misma mesa—, sentí que el corazón me daba un ligero brinco. Ya conocía el lugar: cuatro años antes, Peggy Guggenheim y yo habíamos dormido aquí dos noches llenas de fantasmas; sin embargo, la memoria suele barnizar los contornos, y el reencuentro me resultó más pesado de lo previsto. Los murales de Josep Renau parecían recién sangrados, los paraboloides de Félix Candela se arqueaban con erotismo lunar y un perfume de flores fermentadas flotaba sobre los azulejos. Siempre creí que el llamado Salón de los Murales era una confusión pictórica. Renau intentaba dibujar la hispanidad toda, desde los fenicios. Un batiburrillo de figuras y escenas. El dueño del casino, Manuel Suárez, a quien conocí por Barbara en mi anterior viaje, le ofreció la cúpula de Candela a un pintor mexicano, Reyes Meza, quien había terminado de complicarlo todo al glorificar el pasado indígena que esos hispanos mal pintados por Renau habían destruido por la Conquista. Pero todo era pastiche en el Casino de la Selva. Al entrar se hallaba una horrorosa estatua ecuestre de Hernán Cortés hecha por un ceramista español: Florentino Aparicio. Desvié la mirada, un poco hastiada. Lo que sí me asombró elegantemente fue el reloj giratorio, no solo por su simpleza, sino por dar la hora de varias ciudades, como si el Casino de la Selva mismo, Cuernavaca toda, estuviera no fuera del tiempo, sino en todos los tiempos a la vez.

El botones se acercó apresurado, tropezándose.

—Bienvenida al Casino de la Selva, señora. ¿Le ayudo con su equipaje?

—Cuidado con esos baúles —dije y bajé del taxi con el temple que exige un tobillo de ochenta y tantos años.

Tomó las dos enormes maletas. Al atravesar la puerta giratoria, la cúpula de Candela me engulló, una caracola de hormigón que recogía cada paso para devolverlo amplificado. El edificio insistía en recordarle a cada huésped su propio peso. El recepcionista me ofreció la *suite* Morelos sin que yo tuviera que pedirla. Recordaba mi visita anterior; lo supe porque en 1974 había dejado una tarjeta de agradecimiento perfumada con Shalimar y un boceto rápido del vetusto árbol que se veía desde la ventana.

Ya en la habitación, me descalcé. La alfombra era espesa y gris. Me acerqué a la pared que se descascaraba. Deslicé los dedos. Pensé que todo se agrieta. Detrás de mí, el botones dejó las maletas y se marchó agradecido con el billete. Abrí el primer baúl. Era un ataúd lleno de ruidos: apareció el retrato de Kizette, mi hija, atrapada a los once años, con el cabello trenzado, los ojos mirando un futuro que nunca le dejé enfrentar sola. Coloqué el lienzo sobre la cómoda. El cuarto se contrajo.

Afuera ladró un perro, luego otro; el eco se perdió hacia los cerros que rodean la ciudad. Saqué un vestido de satén malva y lo sostuve a contraluz. Luego apareció una antigua carta de Tadeusz, mi exesposo, amarillenta, quebradiza. Alguna vez me espetó: «No quiero a la mujer nueva, me enamoré de otra que ha desaparecido». Una parte de mí le susurró: «Nadie pertenece a nadie ni a nada, excepto al instante en que decide respirar».

Eran casi las cinco cuando abrí el balcón. El olor de las jacarandas me golpeó. Recordé mi visita de 1974: Peggy Guggenheim, resacosa, insistiendo en que volviésemos al bar. Un grupo de intelectuales mexicanos había organizado un *happening* absurdo en la alberca: flotaban libros de Octavio Paz sobre tablitas de corcho y los rociaban con gasolina para luego prenderles fuego y protestar contra «la mafia». Peggy aplaudió. A mí me daba igual.

Esta tarde esa misma nostalgia me obligó a bajar a la terraza. Pedí un martini con oliva. Un alemán con su Rolleiflex colgada del cuello me preguntó:

—*Entschuldigung*... ¿podría tomarle una fotografía junto al mural de Siqueiros?

—Siempre que me regale un negativo —repliqué sin moverme—. El olvido borra incluso los originales.

Disparó. El obturador sonó como un latigazo. El lugar era un batiburrillo étnico, sacado de *La Montaña Mágica*. Un oftalmólogo húngaro, que llevaba dos tequilas de ventaja, recitaba poemas inentendibles. Enrarecido el aire, mezcla de ron de caña y queroseno. Abrí mi cuaderno para anotar: «Somos cuerpos derrotados que buscan la luz como moscas ebrias». Un trueno nos sorprendió a todos. El primer aguacero del mes se precipitó con furia. El Popocatepetl escupía sus humores sobre la ciudad. Me trasladé al comedor interior mientras las sillas rechinaban y los pavos reales, asustados, aleteaban en el jardín. El camarero apareció con una servilleta en el antebrazo.

—¿Ordenará la señora la especialidad?

—Filete a la tampiqueña, término inglés. Y un armañac —dije.

—¿Como digestivo, señora?

—Traígamelo pronto. Necesito empezar una conversación conmigo misma.

Comí despacio, con la lluvia repiqueteando en los techos. Brindé en silencio. Hay tantos muertos que uno va dejando. Cuando levanté el rostro, vi mi reflejo en el vidrio del ventanal: mi cabello recogido en un chongo, los pómulos aún afilados, la piel surcada por líneas hondas. En ese momento no se me ocurrió pensar en mi edad, sino en el color del cielo después de la tormenta. Incluso, si esa tonalidad cabría en un tubo de óleo. Me sentí desnuda. Decidí entonces que saldría siempre con una pamea cubriéndome. Mi reflejo se parecía demasiado a la muerte. He mentido tantas veces sobre mi edad que ya no sé en realidad cuántos años tengo. Sé que son demasiados.

Al día siguiente, a las once y veintiséis minutos, se presentó Robert Brady. Vestido en lino blanco, con un panamá ladeado.

—Como decía Wilde, querido Robert, tu impuntualidad es tan exagerada que empezaba ya a disfrutar tu ausencia.

—Te escondes como Garbo, querida —respondió.

—¿Sabías que una vez, en París, me confundieron con ella?
Firmé un autógrafo con su nombre.

—¿Cuánto tiempo piensas quedarte atrapada en este acuario?

—Hasta que el cloro se convierta en agua bendita —repliqué.

—Traigo calvados y novedades. Primero: Diego Rivera planea vender un lienzo apócrifo a un banquero incauto. Segundo: conozco a un arquitecto dispuesto a construirte tu templo o tu casa o tu mausoleo.

—¿Cómo se llama el osado?

—Ignacio Landa —respondió—. Un mexicano educado en Kioto. Exótico, te va a encantar.

—Dime una cosa, Robert, ¿has leído a Chéjov? —Brady negó, vehemente—. Lo sabía. Tienes que hacerlo. Nunca explica por qué los seres humanos actuamos como lo hacemos. Solo lo expone, sin juzgar. Me encanta cómo juega con absurdas presunciones. He leído sus diarios, igualmente reveladores. Me recuerdan mis tiempos en Moscú. Pero ahora pienso en un artículo satírico que escribió. Se llamaba, creo, «Tareas de un matemático loco», en el que teje el absurdo con tareas o preguntas imposibles, porque no tienen relación lógica entre sí. En alguna de ellas plantea que, en una Nochevieja, doscientas personas fueron retiradas violentamente del baile de disfraces del teatro Bolshói; la supuesta pregunta matemática es la siguiente, Robert querido: si los alborotadores eran doscientos, ¿cuántos estaban borrachos, cuántos medianamente borrachos, insultando, y cuántos trataban, pero no podían insultar? Son las preguntas de un matemático enloquecido. No hay correlación alguna, es claro. El escritor y el artista en general podrían ir más a fondo y revelar algunos de estos misterios aparentemente insondables. Es lo que yo he hecho con mi pintura, y espero que tú también con tu arte, tu casa, tus colecciones.

—Quiero seguirte, Tamara querida, pero no entiendo nada.

—Escúchame entonces. La pregunta siete, querido, es la que realmente me ha intrigado siempre. Chéjov dice que el

miércoles 17 de junio de 1881, un tren tenía que salir a las tres de la madrugada de la estación A para llegar a la estación B a las once de la noche. Cuando el tren estaba por partir, una orden súbita le solicitó que llegara a la estación B a las siete de la noche. El matemático enloquecido cuestiona entonces: ¿quién ama más, un hombre o una mujer?

—Te dije que me habías extraviado, pero ahora no tengo idea de qué tiene que ver una cosa con la otra, el tren con la cuestión de quién ama más...

—Esa es la pregunta que he intentado resolver toda mi vida. ¿Tú sabes, acaso, quién ama más, querido Robert? Yo creo que una mujer, siempre. Tendré que comprobártelo, ¿no crees?

—Creo, querida Tamara, que ya lo has comprobado hace años. Y quizá Cuernavaca no sea el laboratorio propicio.

Me sirvió un trago. Del otro lado de la terraza, alguien discutía con un sacerdote sobre la conveniencia de traducir a Teilhard de Chardin al náhuatl. Más absurdo que mi recuerdo de Chéjov. Robert alzó la copa.

—Por tu último cuadro, en el que no morirás, sino que matarás la muerte.

—Por los chismes que mantienen vivo el arte —respondí.

Conocí a Ignacio Landa. Llegó, tres días después. Era alto, delgado. Un rostro afilado como hoja de bambú. Llevaba un cuaderno lleno de croquis.

—Baronesa —se inclinó levemente—, es un honor.

—Déjese de baronesa. Soy Tamara y necesito un hogar, no un mausoleo. No sé qué le habrá dicho Robert.

—Un refugio... —abrió el cuaderno—. ¿Qué tal tres grupos de bambús que aislen la casa del ruido, que la dejen oír su propia respiración?

—Tres Bambús —murmuré—. Me gusta el nombre.

—En medio, una alberca rectangular para reflejar el cielo de Morelos.

—Quiero muros blancos orientados al norte. Mis ojos no toleran el sol directo para pintar.

—El blanco es el color del vacío fértil —apuntó—. Habrá que añadir un muro liso para que usted lo pinte con la sombra de las tardes.

Firmamos un acuerdo verbal; me prometió encontrar un terreno en Palmira. Al estrecharme la mano, entendí que ese hombre era capaz de plantar un horizonte entero de finas líneas.

Un sobre perfumado de Barbara Hutton me esperaba en la recepción. Una invitación a cenar en Sumiya, su casa de Jiutepec. Esa tarde, mientras el Chrysler prestado devoraba la carretera sinuosa con huertos frutales de cada lado, pensé en la primera vez que vi a Barbara. Fue en París en 1935. Llevaba un collar de esmeraldas demasiado grande para su cuello huesudo, en ese entonces vivía con Porfirio Rubirosa, uno de sus siete esposos. Su risa sonaba como un vaso de cristal. Sumiya me recibía con linternas de papel, puentes rojos, además de un mutismo que olía a incienso.

Barbara usaba un kimono verde esmeralda, una de sus últimas transformaciones.

—Tamara, querida, aquí el tiempo no corre. Se sienta solo a contemplarnos.

—O a burlarse.

Nos acomodamos en su sala y compartimos sake caliente. Habló de lo inútil que era su fortuna sin amor. Yo le conté de Ignacio, del proyecto.

—Quédate en Sumiya —dijo—. Mis alcobas vacías necesitan tu personalidad.

Acepté. Un chofer de Barbara fue por mis cosas al Casino de la Selva y se encargó de liquidar la cuenta. Aquella noche escribí en mi cuaderno azul: «Vine a desvanecerme, pero el mundo exige un acto final. Tres Bambús será mi autorretrato postrero, solo sombra y agua». Luego monté el caballete portátil, dejé que el blanco titanio chocara con el azul turquesa; la primera pincelada

cortó el lienzo. Mi vida dividida en dos tiempos: antes y después de Cuernavaca.

A la mañana siguiente, Ignacio me llevó a Palmira en su Volkswagen sedán color mostaza. El motor jadeaba subiendo las cuestas empedradas; las jacarandas y buganvillas arrojaban sus flores violáceas que cubrían el asfalto.

—Aquí pondremos el primer grupo de bambús —dijo Ignacio, clavando un palo en la tierra—. Allí el segundo. Allá, cerca del muro de piedra, el tercero.

—¿Y dónde se reflejará el cielo?

—En el centro exacto —sonrió.

—Nadaré ahí hasta que no me queden más colores.

Firmé los papeles de compra del terreno en una notaría esa misma tarde, feliz, como si hubiese cometido una fechoría.

Volví a Sumiya con los documentos bajo el brazo. Barbara me esperaba en el estanque, lanzando migas de pan a los koi.

—¿Terreno asegurado? —preguntó.

—Sí.

—Brindemos con sake por las jaulas hermosas en las que nos refugiamos.

—Todos estamos enjaulados. La diferencia es que yo pintaré los barrotes amarillos y violetas.

El crepúsculo encendió los muros de Sumiya. Las linternas se balanceaban dejando huellas naranjas sobre el estanque. Observé sus reflejos; las líneas ondulaban como mis propias venas. Barbara me tomó el brazo.

—Si estuviera Peggy, aplaudiría tu terquedad.

—Peggy aplaudiría cualquier cosa con un espejito delante —bromeé.

—Te equivocas. Aplaudiría porque vas a pintar tu tumba y, de paso, el epitafio de todos nosotros.

Nos quedamos calladas. El rumor lejano de un mariachi tocando *La Llorona* llegó desde algún salón de fiestas. «Hay muertos que no hacen ruido, Llorona, y es más hondo su penar». En Cuernavaca todo bullicio parece venir de fiestas distantes a las

que nunca estamos invitados, pensé. Tres Bambús cambiaría esa lógica: sería una fiesta íntima, exclusiva, donde el anfitrión se sienta en silencio a conversar con la luna.

Un hombre hermoso, Eduardo Terrazas, una de las últimas adquisiciones de Barbara, nos sirvió unos exquisitos martinis. Le agradecí sus dotes de barman. Barbara me corrigió:

—Es arquitecto, y de Cornell. Además, es diseñador. Igual nos puede ayudar a conseguir los muebles de tu casa, cuando la termines.

—Encantado, baronesa. Me fascinan las mujeres que viven con estilo.

—A mí los hombres que son capaces de reconocerlo.

Esa noche cenamos juntos, los tres, pensando en el futuro, no en nuestros respectivos pasados. A esos sabíamos dejarlos atrás.

Un mes más tarde, de noche, le pedí a Barbara que me prestara a su chofer. Quería ver Tres Bambús en la oscuridad. Adelante, en la penumbra, el terreno de Palmira esperaba los primeros cimientos. Saqué un Viceroy, lo encendí, exhalé despacio. Me acordé de mi exesposo, recordé su voz entre el humo del cigarro: «Demasiado libre para pertenecerme». Respondí en voz alta, como quien discute con un espectro: «Libre aún, viejo mío. Te demostraré que una mujer ama más porque es capaz de construir su eternidad y, luego, plantar una semilla de luz en medio de la noche». Lástima que no podía escucharme ya.

El chofer, recargado en el viejo Chrysler, fingió no haberme oído. El motor rugió mientras la ciudad dormía. Yo cerré los ojos. Era un último sueño. Pero me faltaban muchas cosas: plantar los bambús, llenar la alberca, abrir las ventanas al norte, pintar en un muro blanco el rostro definitivo. La idea ya estaba en pie. Desde su vértice invisible, la vida me hacía un guiño cómplice. Aguardaba el color con que yo sellaría la historia, la diagonal que rasgara el lienzo y que, al fin, resolviera la absurda pregunta de Chéjov.

2

VARSOVIA, MOSCÚ,
SAN PETERSBURGO

1900-1906

La nieve caía con dignidad antigua mientras el cielo posaba sus manos blancas en los tejados y en los abedules que rodeaban la casa de la abuela Clementine. Tamara tenía seis años recién cumplidos, y observaba ese rito desde el gran ventanal de la sala. Una luz grisácea bordaba en el vidrio una memoria que nunca se iría. Tamara pegaba la frente al cristal y absorbía el silencio como una esponja. Las visitas a Polonia de Tamara y sus hermanos eran esporádicas. Ella las atesoraba, sobre todo si incluían un viaje a Sopot, en las montañas. El enorme hotel la había hechizado desde pequeña.

Dentro, el salón olía a cera y madera húmeda, confundidos con el perfume francés de Clementine. El fuego en la chimenea era apenas visible. Las paredes se encontraban cubiertas de retratos: húsares con medallas y bigotes engominados, damas de mejillas rosas y ojos similares a los de Tamara, aunque más sumisos. En un rincón, el piano vertical exhibía sus teclas. Encima, una miniatura de marfil representaba a Napoleón en Austerlitz, escena que su abuela Clementine aseguraba haber heredado de un príncipe bávaro que una vez la cortejó, aunque hubieran sido las propias guerras napoleónicas las que habían obligado a su familia francesa a emigrar a Polonia. Más que un souvenir, era una herida a la que le gustaba volver.

Clementine Decler era una mujer de acero envuelta en encaje y tafetanes, una matriarca a regañadientes. Viuda desde hacía una década, mantenía la cabeza erguida, la cintura apretada en sus corsés, como su mirada, entrenada para detectar cualquier debilidad en los demás. Fumaba cigarros en boquilla de ámbar, corregía a los sirvientes con apenas levantar las cejas y hablaba de los zares como familiares malcriados.

—Ven, Tamara —le dijo aquella tarde, haciendo sonar el timbre de su voz como una campanilla de plata.

Tamara obedeció.

—Si sigues contemplando la nieve de esa manera, terminarás siendo poeta. O peor aún, terminarás casada con un poeta. ¿Sabías que Malvina, tu madre, escogió tu nombre por un poema de Lérmontov? Así se titula, *Tamara*. Trata de un demonio enamorado de una princesa georgiana. Voy a recitarte los últimos versos:

... incluso los rayos de la luna, a veces jugando
entre el aire húmedo,
no se pueden comparar con esa sonrisa
que está viva como la juventud, como la vida misma.

Tamara no entendió nada del poema, pero escuchó muy atenta; se sentó junto a la abuela en un diván de terciopelo oliva.

—¿Quién es ella? —preguntó señalando un retrato de una mujer con perlas.

Clementine se tomó un largo tiempo antes de responder. Dio una calada y exhaló con elegancia:

—Tu bisabuela Françoise, Franka, como tu tía. La única mujer de esta familia que enfrentó a un emperador y vivió para contarlo.

La pequeña Tamara no sabía quién era el tal emperador, pero entendía la palabra «única» como un elogio absoluto. Ante sus ojos esa pintura dejó de ser un retrato: se convirtió en una declaración de guerra.

Las tardes en Varsovia eran lentas. Tamara aprendía a distinguir entre lo decoroso y lo vulgar. Observaba a su abuela dar órdenes, despedir costureras, reprender al cochero por un desvío innecesario. Le encantaban las manos de Clementine: uñas cortas, anillos llenos de piedras, una pulsera de alabastro que hacía ruido al chocar con la porcelana de las tazas.

Una tarde, después del té, subieron juntas al desván. Allí Clementine le enseñó a reconocer las texturas: «Esto es seda, esto es brocado, esto es lo que usaban nuestras mujeres cuando aún había Imperio». Tamara se probaba sombreros. Reía. Dibujaba con carbón sobre papel manila las formas de los objetos. Su abuela la observaba en silencio.

Otra tarde, mientras Tamara dibujaba el ala de un sombrero con una pluma de faisán, su abuela comentó:

—Tienes ojo, niña. Eso no se aprende. Se hereda o no se tiene.

Por primera vez, Tamara sintió que el mundo podía ser suyo si sabía cómo mirarlo.

Un mes duró esa visita a la abuela. Malvina finalmente dijo que había que volver a Moscú, a casa. Tamara había nacido ahí, pero siempre pensó que Varsovia era su hogar. Su madre era todo lo que Clementine no: nerviosa, esbelta hasta la fragilidad, de voz baja y gestos de resignación. Tocaba el piano con técnica, pero sin alma. Vivía obsesionada con la idea de que Tamara debía ser normal. «Todas las personas sufren, pero la gente sensible dramatiza», le gustaba decir.

—No quiero que mis hijos crezcan convertidos en reliquias —le espetó a Clementine durante la cena de despedida.

—¿Y qué hay de malo en ser reliquia? —respondió la vieja, bebiendo su oporto—. Las reliquias sobreviven. Las modas, no.

Tamara no entendía del todo la discusión, pero sintió que algo se quebraba. Sabía que se iba, que no regresaría pronto. Extrañaba cada vez más a su abuela, eran más esporádicos los viajes a Polonia. En su casa se hablaba en ruso y en francés, y apenas en polaco. Pero no era solo el idioma, era algo más que se perdía en Rusia.

Le gustaba escuchar las historias de Clementine sobre por qué no iba a misa los domingos.

—Yo soy Clementine Baumann. Tu padre, Benno, es hijo de Mojzesz Hurwitz y de Rosa Blumberg. Venían de Courland a Varsovia. Somos judíos de sangre, errantes siempre. No lo olvides, aunque tengas que ocultarlo o borrarlo.

Lo que Tamara Rosa Hurwitz no olvidaba era que Malvina sí iba a misa. Fue también Clementine quien le contó de la conversión de sus padres al calvinismo, en 1891. Por eso ella, su hermana Adrienne —Ada— y su hermano Stanislaw habían sido bautizados; pronto harían la primera comunión. Su madre quería que los tres la hicieran el mismo día.

El viaje a Moscú fue largo y blanco. Desde el tren, Tamara veía pasar los helados sembradíos como paisajes pintados únicamente para su contemplación. Su madre le habló de la escuela, de otras niñas, y de obedecer. Tamara asentía, aunque sus pensamientos estaban lejos, aún en el desván, entre las cajas con encajes y los retratos polvorientos que su abuela le había enseñado.

La casa en Moscú era más moderna, pero fría y silenciosa. Su padre, Benno, trabajaba largas horas en el banco. Era un hombre cortés y muy distante. Le regalaba libros ilustrados y respondía siempre con monosílabos. Tamara se sentía vigilada, nunca vista. Sus días transcurrían entre las tediosas clases de piano, las lecciones de francés o el té servido en vajilla inglesa llena de figuras chinas. Por la ventana del comedor se veía una hilera de álamos agitándose como viejas damas escandalizadas. La nieve era menos amable que en Varsovia: como si tuviera dientes afilados.

En algunas ocasiones, sobre todo cuando Malvina salía a sus compromisos de sociedad, Tamara se escabullía al estudio del padre. El escritorio de roble estaba cubierto de expedientes sellados; los muros, de retratos de hombres desconocidos,

hieráticos. Lo que a ella le interesaba era un libro grueso, con reproducciones a color de arte flamenco. Lo hojeaba con la devoción de una novicia. Un día se detuvo frente a una pintura de Rogier van der Weyden: una mujer de perfil de rostro pálido, tocado geométrico. La suavidad del trazo, el misterio de la expresión, la forma en que la tela caía arrogante. «Esta es la *belleza*», pensaba Tamara, esa palabra que su madre usaba con recelo.

Decidió llevarse el libro a su habitación. Con un lápiz escolar intentó copiar la figura. Sus líneas eran torpes, pero firmes. Pasó horas trazando, borrando, repitiendo. Se hizo de noche. La lámpara de queroseno creaba sombras danzantes en el papel. Cuando su madre entró sin avisar, Tamara la miró con ojos febriles.

—¿Qué haces con ese libro?

—La estoy copiando —dijo Tamara, sin dejar de dibujar.

—No es para niñas —replicó su madre, arrebatándole el hermoso ejemplar.

Tamara sintió que algo se rasgaba por dentro, como si una capa de piel invisible fuera arrancada para siempre, dejándola en carne viva.

Los domingos, después de misa, eran para el paseo. Benno las llevaba al parque Sokólniki o al teatro Bolshói. Tamara detestaba esas salidas. Escenografía sin alma. Prefería quedarse sola, mirando por la ventana o espiando a la sirvienta polaca que bordaba canturreando canciones de Cracovia que ella amaba.

Un día, tras una fuerte discusión entre sus padres, Malvina la llevó a casa de su hermana Franka. Se trató de una visita larga, de las que se disfrazan de cortesía y huelen a destierro. Allí conoció a Vladek, un primo adolescente que le enseñó a fumar en el jardín, entre las estatuas cubiertas de musgo. También le mostró su colección de postales de París, de actrices de cabaret y bailarinas medio desnudas. Tamara sintió algo nuevo: curiosidad por los cuerpos femeninos. Le gustó observar a esas mujeres que se sabían miradas.

Esa noche se encerró en el baño y se contempló desnuda ante el espejo, como si fuera una de ellas. Se alisó el cabello, se pintó los labios con una fresa machacada y se dijo en voz baja: «Un día seré una de esas mujeres hermosas».

La tensión entre madre e hija aumentaba. Malvina ya había decretado que su hija estudiaría en una *finishing school* en Suiza, como todas sus primas. Tamara intuía que era otra cosa lo que deseaba. No sabía qué, pero no se veía siguiendo los pasos de su madre.

Los problemas entre ellas dejaron de existir cuando Tamara cumplió diez años. Todo pasó como un vendaval frente a su cuerpo regordete. Su madre siempre le había recriminado comer tantos pasteles, robarse comida de la cocina en las fiestas. Una tarde, Malvina llegó de la calle, se encerró en su cuarto y no salió por tres días. Desde lejos la escuchaban llorar, desconsolada. Solo el ama de llaves de Cracovia podía entrar a su habitación. Pronto recibieron sendos vestidos negros para Ada y para ella, además de un pequeño traje para Stanislaw. Se cubrieron los muebles, los retratos. Los niños querían saber qué pasaba. La tía Franka se los llevó, de luto, a su casa. Fue Tamara la que se atrevió a preguntar:

—¿Le pasó algo a padre?

—Es mejor que se olviden de él. Se ha ido. Para siempre. Es una noticia difícil para su madre; tienen que apoyarla, ser fuertes.

Ada intervino:

—¿A dónde se fue? ¿Nos abandonó?

—No puedo decirles más. Tal vez ella se los explique algún día. Lo siento.

El mundo de los adultos está hecho de silencio. Es un muro enorme, inexpugnable. Tamara supo, años más tarde, los hechos. Primero pasó más de una década sintiéndose culpable, abandonada. Luego de un largo tiempo, cuando era quizá demasiado

tarde para que importara, se enteró de que Benno Hurwitz había alquilado la *suite* de un hotel donde, de madrugada, se había ahorcado. ¿Se trató de una deuda, de un tema de honor, de una enfermedad incurable o de simple desasosiego y hartazgo por la vida? Jamás lo sabría. Malvina impuso a Tamara y sus hermanos el peor de los castigos: nunca más mencionar el nombre de su padre.

Quizá esa fuera la razón por la que el luto duró poco. Malvina abrazó la moda de París, las modistas llegaron a la casa de Moscú y, con ellas, los colores. No había vuelto la vida, solo había decidido ignorar la muerte. Además, a Benno no pudieron enterrarlo; fue arrojado, sin ceremonia alguna, a la fosa común.

Tamara, a escondidas, guardó una foto de ella sobre las piernas de su padre. No quería olvidar su cara, sus bigotes, su mirada siempre dolida, ausente. Pero el tiempo arrasa de todas formas con todo.

Una tarde de nieve ennegrecida por los carruajes, Clementine se presentó en Moscú sin avisar. Apareció en la puerta con su abrigo de lobo blanco, un bastón de ébano y varios baúles de piel.

—Vengo por mi nieta —dijo—. Antes de que la aburran con sus rutinas o me la maten de tedio.

A esa declaración la siguieron discusiones de todo tipo. Gritos. Un silencio más elocuente que cualquier escándalo.

Por la noche, Tamara empacó. Pero no iba a ser tan fácil. Malvina sentía que Tamara se le iba de las manos. Al final se selló un pacto. Serían solo unos meses y no en Polonia, sino con la tía Stefá en San Petersburgo. Tamara tendría una institutriz para presentar a tiempo los exámenes con los que acreditaría el año escolar.

El viaje se sintió distinto. No había nostalgia. Solo vagas promesas. Clementine le hablaba de arte, de París, de cómo la vida no es justa, pero puede ser hermosa si se la desafía. Tamara, con

la frente pegada al vidrio helado, vio pasar la estepa. Pensó en su madre. Sintió lástima. No arrepentimiento.

—¿Y si no lo logro? —preguntó de pronto.

—¿Lograr qué, mi niña?

—Ser yo misma, no convertirme en una copia de mi madre.

—Te levantarás igual —dijo Clementine—. Como lo han hecho siempre las mujeres que dejan huella.

Gracias al capricho de la abuela y de la tía, una niña como Tamara pudo asistir a su primer baile a tan temprana edad.

Clementine y Stefa se habían empeñado en que así fuera. No uno infantil, sino uno verdadero, con orquesta de cámara, champán, vales interminables.

—Tienes trece años —dijo Clementine, mientras examinaba sus manos delgadas—. Ya es tiempo de que te midas con el mundo.

Una semana antes la había llevado a la casa de madame Béguin, una modista francesa de reputación impecable, instalada cerca del Campo de Marte. Allí, entre maniquíes desnudos, retazos de satén y cintas de terciopelo, Tamara sintió por primera vez la embriaguez de transformarse. El vestido que eligieron —un azul noche con bordados plateados en forma de lirios estilizados— la obligaba a erguirse, y caminar como si deslizara los pies sobre mármol pulido. La seda le acariciaba la piel. La costurera ajustó el corpiño con alfileres mientras Clementine, sentada en una silla Luis XVI, sonreía satisfecha.

—Mi pequeña esfinge —le susurró—. Ojalá que nadie te descifre.

El día del baile, la nieve cubría los tejados de San Petersburgo como si fuese polvo de estrellas. Las lámparas de gas proyectaban halos dorados sobre las calles heladas. Llegaron en un carruaje hermoso, tirado por caballos con penachos blancos. Tamara no dijo una palabra durante el traslado. Contenía el aliento, cruzando un umbral invisible.

El palacio donde se celebraba la velada pertenecía al príncipe Félix Yusúpov. El salón, de techos altísimos decorados con frescos mitológicos, resplandecía a la luz de decenas de arañas de cristal. Al fondo, una orquesta tocaba un vals de Glinka; las notas ascendían con elegancia por la escalera central, entre columnas corintias y cortinas de terciopelo rojo. Félix con su esposa Irina presidían recibiendo a los invitados con exagerada cortesía. Era un cuento de hadas.

Las mujeres llevaban vestidos de raso, espaldas descubiertas, guantes largos. Los hombres, en uniforme de gala, exhibían condecoraciones militares y bastones de marfil. Los meseros desfilaban con exquisitas bandejas: caviar beluga, blinis calientes, langosta en áspic, *petits fours*, vodka helado servido en gruesas copas. Tamara apenas probó un trozo de pastel de avellanas, pero bebió una copa de champán con la seguridad de una mujer de treinta años. Nadie la recriminó por su osadía.

El primer vals lo bailó con el hijo de un diplomático sueco: un niño pálido, con las manos húmedas y la voz quebrada. Después vinieron otros dos niños, igual de jóvenes, igual de torpes. Tamara sonreía, inclinaba levemente la cabeza, respondía con frases en francés y ruso. Luego bailó otro vals con su primo Constantin. Su mirada vagaba por el salón, buscando algo que ninguno le había proporcionado.

Entonces lo vio.

Reclinado junto a una columna, conversando con un grupo de oficiales. Alto, delgado, con el cabello oscuro peinado hacia atrás, lucía el uniforme de la academia militar. No tendría más de dieciocho años. Reía con los ojos sin sonreír. Tamara lo observó embelesada. No sabía su nombre, pero algo en ella se tensó como una cuerda en un chelo. Le pregunto a Clementine quién era.

—Tadeusz Lempicki —respondió su abuela—. Es hijo de una familia polaca venida a menos. Muy bien educado.

—Me voy a casar con él —dijo Tamara, anunciando una decisión irrevocable.

Clementine la miró con atención, sin burlarse. En cambio, pidió otra copa de champán y brindó en silencio con su arrojada nieta.

Tadeusz no la vio esa noche o, si lo hizo, no le prestó atención alguna. Era una niña, por más bello que fuera su vestido. Tamara siguió observándolo, memorizando cada uno de sus gestos, su forma de llevarse las manos a la espalda, el modo en que inclinaba la cabeza al hablar. La orquesta tocó un nocturno de Chopin. La noche se fue diluyendo entre perfumes y risas.

Al regresar a casa, Tamara no pronunció palabra. Se sentó frente al tocador, aún con el vestido puesto y tomó una hoja de papel. Solo escribió una línea: «Hoy he conocido al hombre con el que me voy a casar».